

¿Por qué las andanzas de Marisol en la Villa Las Estrellas nos atraen y nos conmueven? Porque Violeta Diéguez ha sabido inyectarles un sentimiento sano y espontáneo, porque la relación que nace entre la protagonista y los pingüinos trasunta amor, y entonces en un mundo como el de nuestros días, tan lejano al sentimiento, donde la calidad humana parece perdedora, y aún inválida frente al poderío de los éxitos materiales, aparece un espacio donde nos reconciamos con nosotros mismos, nos sentimos mejores, el sentimiento derriba barreras y pasamos a integrar la gran familia humana sin exclusiones.

Oscar Pinochet de la Barra



A partir de 9 años

ISBN 956-26-4186-4



9 789562 641869

COLECCIÓN

VOLANTÍN

EL BARCO DE VAPOR



Violeta Diéguez Rojas Marisol en la Antártica



DARTH MAGNUS
CHILECOMPORTE.CL

Dirección editorial: **M^a. Angélica Fuster**

Ilustraciones y cubierta: Juan Espinoza

Diagramación: Mauricio Fresard

Diseño de cubierta: Mauricio Fresard

© Violeta Diéguez

© Ediciones sm Chile S.A.

Pocuro 2087, Providencia, Santiago.

ISBN: 956-264-186-4

Depósito legal: 125.922

Primera edición: mayo de 2002, 3.000 ejemplares.

Impresión: Imprenta Salesianos S.A.
Bulnes 19, Santiago.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni su transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Seré feliz con todas y cada una
de las cosas que poseo y
tomaré todas las oportunidades
para ser mejor.

Llegada a la Antártica

AHORA DESPUÉS de haber terminado un largo, larguísimo viaje por tierra, aire y mar, al fin llegaron a su destino, a la isla Rey Jorge, en pleno territorio antártico chileno.

Marisol había pensado muchas veces en este momento: primero, en que enfrentaría una helada mañana desconocida y sus pies tocarían los verdes líquenes tan suaves como alfombras, como estaba sucediendo ahora mismo que respiraba un aire tan diferente y puro. No hacía tanto frío después de todo, no tanto como esperaba. Lo que la impresionó fue la blancura que veía por todas partes: nieve, témpanos de hielo gigantescos y agua transparente dominaban el paisaje. Unas

pocas manchas verduscas interrumpían el immaculado color blanco impregnado de silencio, un silencio que permitía oír claramente las voces de su vacío de pasajeros, en la pista helada de la base Teniente March.

– Éste es el señor Matus –presentó su padre muy contento–. Él nos guiará hasta nuestra casa. Ésta es mi valiente familia que me ha acompañado hasta acá.

– ¿Iremos a ver las focas? Vamos a jugar en la nieve, ¡quiero hacer un mono inmenso!– exclamó Panchito, como de costumbre, alborotado.

– Primero nos instalaremos, niños, hay mucho que hacer y espero que todos pongan el máximo de su parte– aclaró doña Ester; sonriendo, al mismo tiempo que intentaba ordenar sus cabellos colorines agitados por la ventisca.

– Ya llegamos– anunció el señor Matus, deteniéndose frente a una pequeña casa roja con la puerta y las ventanas azules.

– Nuestro hogar en la Antártica– afirmó la señora Ester con los ojos húmedos y brillantes, entrando a la casa.



— ¡Una casa roja sobre la nieve! — ¡Mi casa en la Villa Las Estrellas! — gritó Panchito dando un salto.

Habían llegado entusiastas con la sonrisa a flor de labios y las miradas curiosas, intentando hacerse cargo de ese lugar de maravillas, en el que a pesar de su majestuosidad no se sentían extraños, sino invitados de honor. Era casi como estar en la luna, algo misterioso que prometía aventuras fantásticas en un lugar de ensueño.

Marisol recordaba paso a paso como cruzaron el hall de entrada donde se sacaron la ropa de abrigo, en una casa que alguien había calefaccionado y que desde el comienzo los acogía. Luego todos se movilizaron para desempacar y ordenar en pocas horas la cantidad de cajas que los habían precedido. Y sobre todo ella tenía muy claro el preciso momento en que abrió por primera vez la puertecilla blanca que la condujo a su pieza, una pequeña pieza de paredes amarillas que sería su dormitorio. Primero desempacó la caja de libros y los fue poniendo uno a uno sobre el estante también blan-

co: los libros de Enid Blyton que tanto la entretenían porque en ellos las niñas hacían cosas divertidas y peligrosas como ella todavía no se atrevía a realizar; los poemas de Gabriela Mistral que la habían hecho mirar la Naturaleza de una forma distinta, como escuchando las voces de los árboles, de la tierra, de las flores del bosque, incluso de sus raíces; sus antiguos libros de cuentos, en cuyas páginas revivía siempre sus días de niña, y el más reciente, la biografía de Michael Jackson, su cantante preferido. También colocó en la segunda tablilla la caja del tesoro, es decir, la colección de fotos y artículos de revistas sobre Michael, obtenida pacientemente a lo largo de un año de intercambios con Anita, su mejor amiga, y otros compañeros de curso. Tenía ya cincuenta y cuatro fotos del cantante y en el momento que quisiera podía soñar mirando a Michael, el bailarín y cantante que la había deslumbrado con su aterciopelada voz, con su increíble agilidad al bailar y por supuesto las canciones que tenía grabadas en cinco cassettes. Después acomodó un poco de ropa

en el closet y cuando todo estuvo en orden, «cada cosa en su lugar y un lugar para cada cosa» como decía su madre, Marisol se dirigió animosamente a la cocina.

Estaba hambrienta y tiritaba de frío. Su madre y sus hermanos disfrutaban ya de una colación caliente. Ella se sirvió un pedazo de torta de chocolate que le ofreció el señor Matus y una humeante taza de café, que la hizo entrar rápidamente en calor. Luego, a pesar del aire frío, salieron juntos a conocer la isla acompañados de sus vecinos.

—Marisol, no te quedes atrás— le advirtió su padre alzando la voz, aunque no era necesario. Pero Marisol estaba demasiado concentrada en sus propios pensamientos.

—En mi vida he sentido tanto frío— anunció Tomás, su hermano mayor, con la nariz enrojecida.

—La caminata te quitará el frío— se dignó a decirle Marisol, interrumpiendo sus cavilaciones al mismo tiempo que estiraba enérgicamente sus piernas.

El encuentro con los pingüinos

— ¡MIRA, MIRA los pingüinos! ¡Qué lindos son! Parece que nos están esperando y nos quieren saludar— expresó Tomás absolutamente embobado—. Señores pingüinos, desde hoy tenéis nuevos vecinos y muy simpáticos: la familia Reyes De la Fuente completa ante ustedes, en su nombre y el mío os saludo con todo respeto y afecto. He dicho.

— ¿Cómo se las arreglan con tanto hielo? Ni siquiera tienen una parca como yo —preguntó Panchito— ¿Se morirán congelados en el invierno, papá?

— No, hijo, qué va, la Naturaleza es una madre muy sabia y los ha preparado convenientemente. Los pingüinos han adaptado su organismo para soportar temperaturas bajísimas. Si tú los miras bien verás que tie-



nen un plumaje muy tupido, pero lo que más los protege es una capa de grasa que funciona como aislante, mucho mejor que una parca. Si hiciera calor se morirían sofocados. Ahora, cuando la temperatura baja demasiado, ellos simplemente se tiran al agua, porque nadan muy bien, y buscan por instinto, condiciones mejores. ¿Está claro?

– No los veremos más, entonces –dijo Panchito preocupado.

– Los pingüinos siempre vuelven al lugar donde nacieron– agregó don Esteban–. Cuando llega la primavera regresan otra vez para reproducirse y formar una familia.

– Eso será si no se los comen los tiburones, las orcas o los capturan los cazadores de pingüinos– puntualizó doctamente Tomás–. Lo sé, lo leí en un libro, cuando era tan pequeñito como Panchito.

– No te creo nada, estás inventando Tomy, y no soy chico– alegó el niño enfurruñado.

– ¿Cuántos pingüinos alcanzas a ver?– preguntó el padre, mirando hacia los témpanos donde estaban las pingüineras.

– No podría contarlos– contestó Tomás.
– Son demasiados, más de mil, mucho más, podría decir multitudes.

– Son tantos, porque han vuelto a su hogar, a los témpanos de hielo antártico, han sobrevivido al viaje de otoño y por eso podemos gozar de su presencia. Los veremos a menudo. No están en peligro de extinción todavía. Esta soledad los ha protegido.

Luego volvieron lentamente a su casa sin dejar de contemplar ese mundo tan distinto que los recibía en un día de primavera que quedaría para siempre grabado en sus memorias.

Planes y dudas

MÁS TARDE cenaron todos juntos una tallarinata improvisada en pocos minutos, pero muy exquisita, regada con abundante queso parmesano, después prepararon lo necesario para integrarse al día siguiente a clases. Sus padres irían con ellos a la escuela ya que trabajarían allá.

Don Esteban era sicólogo y les había contado hace meses que se encontraba trabajando en un interesante proyecto de investigación sobre la conducta humana. La hipótesis que sustentaba era que el ser humano en armonía consigo mismo y con sus semejantes es capaz de adaptarse satisfactoriamente a situaciones difíciles y ¿qué mejor que la Antártica para comprobarlo? En esta región el hombre y por cierto la mujer, de-

ben enfrentarse a los rigores del clima, con temperaturas bajísimas, normalmente varios grados bajo cero, al aislamiento y, en general, a un medio que obliga a cambiar drásticamente los hábitos de vida, poniendo a prueba la capacidad de resistencia de las personas.

Marisol entendía la idea de fondo, le parecía muy sencilla, porque todo es posible con amor. Así lo sentía ella, aunque su papá debía comprobarlo de un modo más largo y complicado, con observaciones, apuntes y conclusiones irrefutables.

La tarea de don Esteban era observar a la gente en el terreno, sus emociones, gestos, relaciones humanas y comportamientos en diversas circunstancias para llegar a una conclusión definitiva sobre la capacidad de adaptación del ser humano.

¿Qué sucedería mañana? Marisol se sentía inquieta, un poco asustada también, no le era fácil conocer a sus nuevos compañeros, en cambio su madre estaba fascinada con este viaje a la Antártica, lo veía como una oportunidad extraordinaria no sólo para co-

nocer un lugar maravilloso, como ella lo describía, sino también para pintar y dejar plasmado en lienzos todo ese mundo blanco lleno de vida y misterio.

Ester se sentía tan feliz, le brillaban los ojos y una sonrisa le iluminaba el rostro, mientras hablaba de los talleres de dibujo y pintura que haría en la escuela, de la exposición que prepararía para que las personas de cualquier otro lugar del mundo pudieran, a través de esos cuadros, apreciar la majestuosidad y pureza de esta región, diferente a todo paisaje que hubiesen visto antes. Un lugar donde la paz se respira en forma natural.

- No se rían de mí, sé que puedo hacerlo y no es vanidad de mi parte. Estoy muy ilusionada con este proyecto, tanto que ya lo veo en mi cabeza. Sólo tengo que organizarme y ponerme a trabajar.

Todos tenían planes, esperanzas y sueños, pero Marisol no estaba segura de nada. Una sola pregunta rondaba su cabeza: ¿volverían alguna vez a la civilización? Es decir, a las autopistas, las calles atestadas de gente, los malls y las escaleras mecánicas.

Su ingreso a la escuela al día siguiente, fue vivido con expectación por toda la familia. Era un moderno establecimiento, con calefacción por supuesto, alfombras de colores cálidos en el piso, computadores en las salas de clases, pizarras blancas móviles, una interesante biblioteca en cada sala. Lo más curioso fue la edad de los compañeros, sólo cinco alumnos eran del nivel de Marisol, es decir séptimo básico, tres cursaban enseñanza media, y cuatro pequeños que estaban recién aprendiendo a leer. Fue un misterio para ella cómo sólo dos profesores podrían hacerse cargo de tan distintos alumnos. Camila, la menor de la escuela, fue la primera en acercarse a Marisol con un libro de cuentos en la mano y le pidió:

– Lee para mí, yo escucho.

Sorprendida por la petición, Marisol abrió el libro y empezó a leerle a la niña. A ella le encantaba leer y lo hizo con gusto, igual como le leía a Panchito para que se durmiera, cambiando las voces según el personaje. Sólo le faltó terminar el cuento, pues

Camila le dijo «ahora yo soy la tía y tú, Camila, me escuchas ¿ya?».

Con este recibimiento la niña se sintió muy pronto parte del grupo de compañeros, que en honor a la verdad la rodearon y la acogieron con entusiasmo, contándole infinidad de detalles sobre la vida en la escuela e invitándola a una fiesta esa misma noche.

Camila la llevó tomada de la mano casi toda la mañana, para mostrarle las instalaciones de la escuela, y le iba presentando a las personas que encontraban en su recorrido.

– Ahora yo soy Camila, tu amiga, y tú eres amiga mía también. ¿Cómo te llamas? Todavía no lo sé.

– Marisol.

– Mar y sol, mar y sol – repitió cerrando los ojos y girando sobre sí misma–. Me gusta tu nombre, es lindo.

– Eres muy simpática y gracias por ser mi guía hoy.

– Mañana jugaremos otra vez, me voy a mi casa– agregó la niña tomando su abrigo de lana rojo.

El rayo de sol apagado

LOS DÍAS pasaron rápidamente para los niños entre tareas y excursiones. Tomás y Pancho se acostumbraron muy pronto al rigor del clima y a las limitaciones que éste imponía, incluso hicieron amistades muy rápido. Además de las clases diarias se las arreglaron para asistir regularmente al gimnasio a practicar volcibol con sus compañeros. Sólo Marisol se sentía extraña e incómoda. Algo todavía no estaba claro y ella necesitaba tener todo en orden para sentirse realmente bien. Pero ni siquiera entendía lo que le pasaba. A veces se sentía contenta y tomaba su guitarra para canturrear con su madre y sus hermanos. Otras veces se entretenía bailando las canciones de Michael, mientras la música vibraba en los audífonos, o bien

ayudaba a su mamá en la cocina preparando su especialidad culinaria: exquisitos panqueques rellenos con manjar, que eran la delicia de sus hermanos. Hasta miraba con interés los bocetos de su mamá. Mas, en ocasiones se encerraba en sus pensamientos y una tristeza que no sabía de dónde venía la abrumaba, como ahora mientras dibujaba en un papel una casa de campo, con una humeante chimenea, rodeada de álamos y naranjos cargados de frutas y entre el pasto las rojas añañucas florecidas. Pensó en ponerle también unas ovejas blancas y unos pájaros para que alegraran el día uniéndose a las canciones del viento entre los árboles, del suave viento que pasa cantando su secreta melodía. De pronto sintió unas ganas terribles de llorar, de ver a su abuelita Rosa, conversar con ella y quedarse acurrucada en sus dulces y gordos brazos. ¿Dónde estarían sus amigos? ¿Qué harían en ese momento Isabel, Anita, Pedro, Rodrigo y su primo Sebastián? Cuánto deseaba estar con ellos y contarles las novedades de esta nueva vida fría y solitaria.

Seguramente sus amigos todavía se juntaban por las tardes, después de hacer las tareas, para andar en bicicleta, escuchar música o simplemente ver televisión, aunque ella ya no fuera parte de esas entretenidas reuniones.

¿Qué sería de Paxi? ¿Dónde estaría la gente que pasaba por las calles? ¿Seguirían caminando apurados allá lejos? ¿Qué ganas de escuchar el ruido de los autos! Qué ganas tenía de ver la huella de los hombres en la tierra: un papelito arrugado en el suelo, el humo de las chimeneas en el cielo, las campanadas de la iglesia llamando a misa los domingos. Algo, cualquier cosa que rompa el silencio blanco que todo lo cubre como si fuera el hechizo de una bruja perversa que quisiera congelar también su alegría.

Extrañaba con intensidad los verdes árboles cargados de frutas, las flores con su compañía de abejas, chinitas de la suerte y mariposas bailarinas, el trino chillón de los loros. Hasta ansiaba oír el arrullo lúgubre de las palomas en el techo. Sentía el dolor pun-

zante de la nostalgia subiéndole por el cuello hasta humedecerle los ojos.

Ya no la debieran llamar Marisol, era demasiado absurdo nombrar al sol, si nunca calienta lo suficiente y se oculta casi siempre detrás de montañas de hielo, tormentas de nieve o ventiscas; mejor sería que la llamaran Soledad, porque eso era lo que sentía: soledad de juegos y amigos, soledad silenciosa, blanca, helada. «Y ahora mismo», se dijo Marisol decidida.

—Mamá, quiero pedirte algo— interrumpió agitada la niña.

— Pues habla y veremos, si yo puedo y es bueno para ti y para todos, te lo daré, no lo dudes ni un segundo— contestó doña Ester, apagando el televisor y mirándola con atención.

— No te costará nada, te lo aseguro. No quiero que me digas más Marisol. Mi nombre es ahora Soledad. ¿Qué te parece?

— Si tú lo quieres, así lo haremos, hijita. Aunque para papá y para mí, tú serás siempre nuestro rayito de sol, y ya sabes que nunca estás sola, aunque entiendo que esto no



sea fácil para ti a tu edad. En realidad para nadie ahora lo es. Hay cosas que a mí también me cuestan mucho, como el asunto del agua, conseguir fruta y verdura, hasta freír un huevo y evitar que se congele es un acto tan complejo que da risa, en fin, ¿para qué te digo más? Aunque a pesar de esos problemas, la balanza se inclina a lo positivo. Pero te entiendo, Soledad, más de lo que tú crees. Ahora ayúdame a poner la mesa para cenar—pidió, poniéndose de pie.

— Con mucho gusto, mamita, y gracias por comprenderme. Que no se te olvide nuestro trato: tu hija se llama Soledad, Soledaaad —dijo Marisol riéndose y recuperando su buen humor—. Voy a llamar a papá.

La niña asomó apenas su cara por la puerta entreabierta, pero el frío viento antártico golpeó sus mejillas obligándola a entrar rápidamente.

Al cabo de unos minutos llegó don Esteban con sus hijos varones y cenaron todos juntos al calor de la estufa y de la conversación hecha de recuerdos y el comentario de los acontecimientos de los últimos días.

Aun así, con la caldera funcionando al máximo, hacía mucho frío, afuera caía la nieve y el viento soplaba fuertemente, espantando los sueños.

Una nueva amistad

LAMANANA siguiente apareció deslumbrante, la tormenta había terminado en las horas de la noche y era ciertamente un lindo día, una temperatura agradable para la Antártica: cero grado y el sol brillando débilmente entre las nubes.

– Después de clases saldremos a dar una vuelta– propuso don Esteban mientras desayunaban–. Tal vez podamos alcanzar a ver los murallones de hielo y con suerte divisemos una ballena azul. Estercita, ¿tú qué harás esta tarde?

– Les advierto que yo me quedaré en casa, quiero terminar de pintar un paisaje marítimo y la transparencia del agua me está costando más de lo que pensaba– aclaró doña Ester echando una bolita de mantequi-

lla en su tostada crocante. No cuenten conmigo esta vez.

– ¿Qué te parece llegar al cementerio de huesos de ballenas?– preguntó Tomás a su padre–. Me interesa sacar unas fotografías de ese lugar. Estoy haciendo un diario de nuestra vida en la Antártica y las fotos mostrarán mejor que las palabras su paisaje tan excepcional y tan, especialmente, desolado e imponente. Aunque debo confesar que a mí me fascina, podría pasar años acá.

– Ya veremos, todo depende del tiempo– aclaró su padre, bajándose el grueso gorro de lana para proteger su frente del helado aire antártico.

– Pues esperemos que el dios del tiempo nos regale un hermoso día lunes para comenzar la semana, sin tormentas ni ventiscas sorprendidas, deseó Tomás, guardando la cámara fotográfica en su mochila.

Y en el camino, durante esa entretenida excursión, encontraron varias focas pequeñas de blanco pelaje jugueteando en el hielo, mientras al otro lado unos cuantos pájaros de ojos azules buscaban alimento

entre las rocas. Tomás disparaba la cámara de derecha a izquierda atrapando velozmente el movimiento de los animales y sus expresiones de asombro.

– ¿Quiénes son, papá?– preguntó curioso Panchito, levantando la cabeza para admirar el albo plumaje de los pájaros–. ¿Cómo se llaman?

– Me parece que es el gaviotín antártico. Se alimenta de krill igual que muchas aves y peces de estos confines.

– Igual que el gusano rosado que vive en las profundidades del mar, ojalá no lo devore todo y deje algo para los gaviotines y demás animalitos– expresó Tomás, quien no podía dejar pasar la oportunidad de lucir sus conocimientos.

– Es un pájaro muy viajero– explicó don Esteban–. En otoño emigra en grandes bandadas al Polo Norte, nada menos. Se lo pasa volando entre los dos polos.

– ¡Increíble la resistencia en un ave pequeña! ¿Te imaginas Marisol?, vuela más de doce mil kilómetros y sin gastar ni una gota de bencina– comentó Panchito riéndose.

Lo que Marisol imaginaba es que ella también volaría para regresar a Melipilla donde su abuelita y donde estaban sus mejores amigos.

– Nosotros podríamos volver donde nacimos, papá, a Melipilla, que es una ciudad tan hermosa, llena de árboles y de amigos que nos quieren.

– Acabamos de llegar, hija– le recordó su padre–, por lo demás en todas partes puedes hacer buenos amigos si te lo propones de verdad.

– Mira Tomy, ese pingüino nos está mirando, tiene dos huevos en las patas. ¡Qué raro!

– Por supuesto– aclaró Tomás–. Y aunque es un macho, todo un pingüino Papúa, no es nada de machista y como buen padre empolla sus huevos con gran responsabilidad.

– Así es– añadió don Esteban–. Seguramente la hembra está buscando su alimento y mientras tanto, él se hace cargo de cuidar el nido.

–¿De qué nido me hablas, papá? Un

nido está hecho de plumas, de ramitas secas y es calentito para abrigar a los polluelos. Eso no es más que un par de piedras duras y frías que no sirven para nada.

– Ese es su nido, Marisol, ahí nacerán las crías; por ahora, él les da todo el calor que puede poniendo los huevos lo más cerca posible de sus plumas. Como puedes ver existen muchas clases de nidos

El pingüino Papúa los miraba fijamente sin alterar en lo más mínimo su posición. De pronto Marisol tuvo el presentimiento de que el pingüino quería comunicarle algo importante. Se acercó al pájaro, pero no se atrevió a tocarlo. El pingüino, a pesar de ser el centro de todas las miradas, estaba extrañamente sereno, como un rey instalado en su trono y eso impresionó a la niña que musitó:

–Quiero ser tu amiga, volveré, pingüino, te lo aseguro.

En la tarde del día siguiente, a las tres y media, Marisol no aparecía por ninguna parte. Parecía que se la hubiera tragado la nieve. Ni una señal de ella. Nada.

Pero Marisol estaba tranquila y confiada por primera vez desde la llegada a la Antártica. Una fuerza desconocida la hizo dirigir sus pasos hacia el nido de piedras. A medida que avanzaba sentía que la necesitaban, que debía llegar lo antes posible donde el pingüino Papúa, de lo contrario, algo horrible podría suceder. Llegó corriendo hasta el lugar con el corazón latiéndole aceleradamente, pero el nido estaba solo. Se acercó y vio los huevos casi totalmente cubiertos por las piedras. De improviso un pájaro extraño de plumaje castaño oscuro se posó sobre ellos, removiendo las piedras con sus patas y con una actitud feroz en sus ojillos.

¿Qué quería hacer?, se preguntó Marisol. ¿Por qué no llegaba papá pingüino a cuidar sus huevos? El pájaro ladrón Skúa, que así se llamaba, estaba a punto de devorar un huevo, su alimento predilecto, pero ella no lo permitiría, no, no podía suceder eso en sus propias narices.

–¡Vete de aquí, asaltante de huevitos indefensos, vete lejos, atrás, atrás, Skúa!–

gritaba Marisol a punto de echarse a llorar. Pero el pájaro no soltaba el huevo ni se inmutaba por los alardes de la niña. Ella apenas tenía fuerzas para gritar y menos el valor suficiente para enfrentarse sola a un ave de rapiña tan amenazante y además arrebatarse su presa.

Entonces llegó papá pingüino caminando con dificultad sobre la blancura de la nieve. Al verlo, Skúa abrió sus enormes alas grises y emprendió el vuelo en la dirección del viento.

— Gracias a Dios, llegaste justo a tiempo Papúa, pasé mucho susto, creí que tus hijos serían alimento de ese siniestro pajarraco. Por favor, no los dejes nunca más solos. ¿Entiendes ya lo que te digo?

Papá pingüino tomó cuidadosamente los huevos con las patas y se los acomodó entre las plumas. Otra vez estaba sereno e impasible. Parecía no darle importancia al incidente de Skúa y miraba a Marisol tranquilamente. La niña se calmó y empezó a cantar, tarareando esa música que había escuchado en la mañana, la maravillosa melo-



día de «Cuadros de una exposición» del compositor ruso Músorgsky, que sería lo más adecuado para esta escena, algo grandioso y sencillo a la vez, justo para ambientar este encuentro de ella con el pingüino que tenía el mágico poder de espantar los pensamientos tristes y llenarla de paz.

Marisol sentía que las cosas tenían un misterioso significado, cuya clave desconocía por el momento, pero que estaba a punto de descubrirlo y que el pingüino lo sabía y estaba allí, frente a ella, para compartirlo.

– Lo harás, harás eso por mí, lo sé. Ahora iré a casa, pero volveré, cada vez que pueda. Hasta pronto –se despidió Marisol, rozando con sus manos las blancas plumas del pingüino.

Se alejó retomando la dirección de su casa, caminando lentamente, reconstituyendo en sus oídos la música del tema «El paseo», yendo de estas notas al «Baile de los pollitos saliendo de su cascarón», aunque todavía faltaba mucho para ese importante momento en que los pingüinitos llegaran a este mundo. Era genial cómo Modesto

Músorgsky podía haber creado hace tanto tiempo una obra que la hacía identificarse plenamente y que era exacta para ella, para los sentimientos que embargaban su espíritu en este momento y por cierto para los pingüinos y su paciente espera.

Sueños y lagrimas

SE ACORDÓ del tonto del pueblo, de Enrique, que hablaba solo como un niño, al que habían sorprendido con una gallina robada en las manos. Decía que el ave era una princesa encantada a la cual tenía que dar un beso para que recuperara su forma de mujer. Entonces se casarían y serían felices para siempre. Sólo que no alcanzó a deshacer el hechizo.

– ¡Pobrecito! Se lo llevaron y lloraba amargamente al partir, no por él, sino por la princesa que seguiría encantada para siempre. Si tuviera una varita mágica... la de cosas que haría. Abriría muchas puertas, la puerta de la inteligencia al buen tontito, las puertas del amor de veras para él y para ella: la llave de esa gran puerta secreta que

le permitiría entenderse y ordenar sus pensamientos.

– ¡Marisol!, ¡Marisol!, ¿dónde diablos estabas?– gritó Tomás indignado–. ¿Cómo se te ocurre salir sola? Hace rato que te andamos buscando. Yo no soy tu guardián, me perdí de ir al gimnasio por hacer algo que no me corresponde, niñita torpe.

– No vuelvas a salir sola por ningún motivo– dijo seriamente su madre–. Nos tenías muy preocupados, Sole.

– No pensé que se asustarían, disculpa mamá, además ya sé cuidarme bien, ¿ves?, no sucedió nada terrible. Pero si te preocupa tanto no lo haré otra vez. ¿No estarás enojada conmigo?

– Vamos, Soledad, estoy molesta, yo creí que podía confiar en ti, que eras lo suficientemente madura como para evitar problemas, pero entremos, ya es tarde y tengo demasiadas cosas que hacer– contestó su madre con un gesto de disgusto en el rostro, que no pudo disimular.

El día sábado amaneció muy helado y seguramente oscurecería más temprano que

de costumbre, por lo tanto no pudieron salir de excursión. Sin embargo, Marisol estaba decidida a visitar el nido de piedras de todas maneras, aunque fuera por unos pocos minutos. Insistió e insistió hasta lograr que su madre le permitiera salir un corto rato acompañada de Panchito.

– Apúrate, Pancho, tenemos que hacer algo y luego. Ponte los guantes, no olvides las orejeras y muévete.

– Yo no quería salir, Marisol, volvamos luego, hace mucho frío, capaz que nos congelemos. Además pronto se hará tarde y quiero ver el partido de fútbol que transmitirán en la tele. No me lo quiero perder.

– No seas cobarde, mira, iremos a ver al pingüino y enseguida regresamos. No tardaremos, hermanito. Pero camina más de prisa hombre, pareces una tortuga, y no te lo digo en broma.

Al cabo de uno minutos llegaron donde el pingüino Papúa y lo hallaron instalado sobre sus huevos, erguido como una estatua, pero no estaba solo. A su lado una pingüina, un poco más baja, lo acompañaba a empollar los huevos.

– ¡Vaya, vaya, qué sorpresa! Al fin tengo el gusto de conocer a la futura madre. Me presento: soy Marisol, tengo doce años, a punto de cumplir trece, y soy su amiga desde ahora. Este es mi hermano menor. Saluda, Francisco.

– Buenas tardes, pingüina – dijo Pancho, sintiéndose un poquitín ridículo –. ¿Tú crees que nos entienden, Marisol?

– Claro que sí, niño, los animales tienen inteligencia, sólo que no hablan como nosotros, pero te aseguro que ellos están muy contentos de vernos, se les nota en los ojos y en que no se fueron cuando llegamos.

– Ahora que los he visto y sé que están bien me voy, pues está muy, pero muy helado, uuf–, agregó Marisol tomándose sus manos enguantadas.

En ese momento empezó a nevar fuertemente y por unos minutos los niños no hallaron qué hacer ni a dónde buscar refugio.

Miraron a los pingüinos que trasladaban con dificultad unas piedras entre su patas, para proteger el nido.

– Pancho, trae más piedras, hay que abrigar los huevos como sea.

En pocos minutos los dejaron totalmente cubiertos y después los pingüinos caminaron lentamente mientras seguía cayendo la nieve. Los niños los siguieron un corto trecho hasta llegar a unas altas rocas que dejaban un pequeño espacio entre ellas por el cual entraron los pingüinos.

– Vamos, Panchito, sigámoslos. Ellos saben qué hacer.

Así lo hicieron y llegaron a una pequeña cueva más abrigada donde se protegieron de la tormenta. Pero estaba muy oscuro, apenas se veían sus caras.

– Tengo miedo, Marisol, quiero irme a casa.

– No te asustes Pancho, no seas tonto, no nos pasará nada. Estamos con los pingüinos y por algún motivo ellos están aquí, saben por instinto lo que es mejor. No hay peligro. Aquí estaremos a salvo hasta que deje de nevar. Además sería una locura salir en plena nevada. Mira, Panchito, te propongo que juguemos a algo entretenido mientras



deja de nevar. Te digo una adivinanza y tú tratas de resolverla ¿qué te parece?

– Seguro que no alcanzaré a ver el partido del Colo Colo, lo sabía, pero si no hay más remedio, juguemos– dijo Panchito con cara de aburrimiento y tiritando de frío.

– No tuvo padre ni madre y nació siendo ya hombre, tiene muchos parientes y es bien sabido su nombre.

– No sé, primera vez que la oigo.

– Pero piensa lo que te dije, es el único hombre que no tuvo madre.

– ¡Ya sé, Adán, creo!

– Bien, muy bien, ahora adivíname ésta: viste de chaleco blanco y también de negro frac. Es un ave que no vuela y se sumerge en el mar.

– No se me ocurre nada, tengo la cabeza nublada.

– Te doy una pista: está muy cerca de nosotros.

– Un ave que no vuela... y se sumerge... ya la tengo, ¡el pingüino! Ahora me toca a mí preguntarte: ¿Qué será, qué cosa es un cerro de cristal que navega por el mar?

– ¿Qué será? ¿Qué no será? Puede ser un barco, un barco fantasma, tal vez ¿sí? No lo sé Panchito, me doy por vencida.

– Es el iceberg, Marisolilla que no eres tan pillita. ¡Te gané y la acabo de inventar!

Tras, tras, tras, escucharon los niños a sus espaldas y vieron que los pingüinos se habían levantado y caminaban decididos hacia la salida. Ya no nevaba, así que caminando trabajosamente regresaron al nido de piedras. En ese lugar se encontraron con su padre que los andaba buscando desde hacía rato.

– ¿Cómo pudiste llegar tan lejos, María Soledad? Tu madre está muy preocupada. Vamos a casa de inmediato.

– No nos pasó nada, papá. Nos divertimos mucho, pasamos la tormenta en una cueva con los pingüinos. No te enojas papá, no es para tanto escándalo.

Su padre la miró con una mirada de hierro. Estaba muy molesto y no dijo una sola palabra más en todo el trayecto y Marisol sabía que cuando su papá estaba de veras enfadado, enmudecía. Seguramente estaba

contando mentalmente hasta cien, o mil.

Regresaron en silencio, un silencio pesado que no auguraba nada bueno. Al llegar a la casa la niña vio a su madre con la cara enrojecida de tanto llorar y se sintió pésima. Culpable era la palabra exacta.

– ¡Al fin llegas, hijita! ¡Ven Panchito! ¡Entren y cámbiense de ropa!

– Mamá, discúlpame si te preocupaste, pero no nos sucedió nada, estamos de lo más bien.

– Ése no es el punto, Marisol, después hablaremos con más tranquilidad. Ve a tu cuarto, por favor.

– ¿Quién ganó el partido?– preguntó Panchito, pero nadie le contestó una palabra, porque simplemente no habían visto la transmisión preocupados por la ausencia de sus hijos menores.

Durante la cena don Esteban habló con la niña y le anunció una noticia con la misma mirada de hierro de la tarde.

– Escucha atentamente, Marisol, lo que voy a decirte. Parece que todavía no te acostumbras a vivir en la Antártica, tal vez ex-

trañas a tus amigos o eres demasiado niña para adaptarte a esta forma de vida que requiere de mucha prudencia. No has sabido comportarte de acuerdo a las circunstancias, por lo que hemos pensado con tu mamá que lo mejor para ti y para nosotros es que vuelvas por un tiempo con la abuelita Rosa, ella estará feliz de verte y tú también.

Marisol sintió un nudo en la garganta, un nudo que crecía y crecía nublandole la vista y no la dejaba expresar lo que le estaba pasando: necesitaba tiempo para adaptarse. No era cosa de llegar y cambiar de un día para otro. Su padre debía saberlo, él mismo lo había dicho tantas veces. Escuchó apenas las últimas palabras.

– Mañana parte el avión a Punta Arenas, viajarás a las once de la mañana rumbo a Santiago, donde te estará esperando el abuelo para llevarte a Melipilla. Ya lo sabes. Así que prepara tus cosas ahora.

– Pero papá, ¡yo no quiero irme!, gimió Marisol con los ojos llenos de lágrimas.

– Lo lamento en el alma, pero ya está decidido. Lo hacemos por tu bien. Tu salida

de esta tarde demuestra que no sabes cuidarte, te pusiste en peligro innecesariamente arriesgando también a tu hermano. Lo siento, no hay otra alternativa.

– ¿Lo sientes, papá? ¿Cómo puedes echarme de esa manera? Eres injusto.

– Tú crees que lo sabes todo y no me entiendes, no piensas en mis sentimientos.

– Algún día, cuando crezcas, lo comprenderás, hija– afirmó don Esteban, mirándola con seriedad.

La niña se fue agitada a su cuarto. Estaba sorprendida y muy excitada. No sabía qué pensar. Algunos días atrás le habría encantado ver a su abuelita y a su abuelo, sus amigos, disfrutar del sol y los verdes árboles con sus flores de primavera, escuchar el canto de los pájaros en la mañana, cuando llega como un regalo de Dios un nuevo día claro con su racimo de horas inmaculadas, ver los autos veloces de distintos colores en las calles llenas de gente. Ahora todo era distinto, confuso y sentía el dolor en su pecho como un desgarró. Se sentía rechazada y eso era muy duro para cualquiera.

Ella pensaba que tenía cosas importantes que hacer aquí. ¿En realidad estuvo en peligro? No, ella no quería preocupar a nadie, pero lo hizo sin querer, claro. ¿Cómo no lo pensó antes? No podía estar lejos de su familia, tan lejos de Panchito, de su mamá, de los pingüinos. ¿Sería por poco tiempo? No estaba tan mal después de todo. Y su mamá ¿qué haría sin su rayito de sol?

Entonces para ordenar sus ideas, tomó su antiguo cuaderno de historia que tenía aún varias páginas en blanco y empezó a escribir, porque escribir era lo único que podía evitar las lágrimas que le nublaban los ojos.

«No quiero escribir de lo confundida que me siento, sino de lo absurda que puede ser la vida cuando te encuentras en un lugar tan hermoso que pareciera lleno de magia, pero ¡cuidado!, que oculta peligros secretos, y si caminas demasiado a prisa, algo terrible puede ocurrir. No quiero llorar, pero tal vez deba dejar que las lágrimas corran como un río que limpia todo a su paso, llevándose esa nube negra llamada tristeza. Porque incluso

tu propio padre te mira como un juez acusador y tu madre comprensiva te dice: «es la edad, ya se te pasará», que es exactamente la frase más molesta que puedas oír en ese momento.

Sin embargo, ellos, tus padres, te quieren, a su manera, desean lo mejor para ti, quieren protegerte de todos los peligros, aunque para ello tengas que pedir permiso para cada paso que das. ¿Por qué? ¿Por qué no es posible correr y crecer hacia la altura siguiendo mis impulsos, porque si caigo una y otra vez, estoy segura que puedo levantarme? ¿O acaso esté equivocada y necesite verdaderamente que me guíen y protejan como cuando era una niña chiquita que despertaba asustada a medianoche? ¿Necesitaré todavía tanta ayuda, seguir sus sabios consejos? ¿Quién puede saberlo de veras? Algún día entenderé más el nudo de esta vida que se enrolla como una madeja de lana. Estoy segura. Pero ya es demasiado tarde y la cabeza me da vueltas y vueltas.

Creo que ya es hora de dormir. Necesito descansar, es necesario antes de un viaje. Descansar... dormir... soñar.

Y después de apagar la luz, la niña se quedó profundamente dormida con la cara y el cuerpo cubiertos por el cobertor.

– Arriba pequeña, despierta, recuerda que viajas hoy día– escuchó apenas la niña, todavía un poco adormilada.

– ¿No estás preocupada, mamá? ¿No me echarás de menos?– preguntó Marisol, despertando rápidamente y sentándose en la cama con las piernas cruzadas.

– Sí, te extrañaré, cada día, cada minuto, pero como sé que estarás muy bien podré resistirlo. Por lo demás, aunque no lo veas así, en el fondo de mi alma confío en ti, ya eres una mujercita.

– Yo no estoy tan segura de disfrutar este viaje. Te escribiré, todos los días– prometió Marisol, abrazando fuertemente a su madre para sentir su calor.

De pronto una mano pequeñita y tibia tomó la suya y una voccecita segura que ya conocía bien le dijo cariñosamente:

– Te traje mi libro de duendes.

– Ahora no puedo leerte, Camila, busca a otra amiga que te lea, estaré muy ocupada

con mi viaje.

– Este libro es para ti, te lo regalo, todo, todo. Así te acordarás de mí cuando estés tan lejos.

Marisol, emocionada, se sacó su moño azul y se lo entregó a Camila.

– Yo me acordaré de ti cada vez que lea un cuento, y los leeré, tan bien como tú, porque ya sé leer, amiga mía, y ahora me voy porque las despedidas son muy tristes, dice mi papá, por eso te espero hasta la bienvenida, Mar y Sol, pero no te demores mucho, mucho en volver ¿ya?

Las sencillas palabras de Camila y su mirada llena de afecto terminaron por reanimar en algo la partida de Marisol y no le quedó más que prometerle un rápido regreso.

La casa de los abuelos

OTRA VEZ se encontraba Marisol en la casa rodeada de árboles de sus abuelos. Había vuelto a acurrucarse en los dulces brazos de su abuelita Rosa, mientras ésta le contaba sus cuentos preferidos de cuando era pequeña o más pequeña todavía, como aseguraba el abuelo. Con él había jardineando por las tardes bajo el sol de octubre, sembrando semillas de cosmos, margaritas, suspiros azules trepadores, todo un mundo de florecillas que en poco tiempo llenarían de color el jardín ya embellecido por las rosas que habían abierto sus botones. Se había cansado de andar en bicicleta con sus amigos, de gritar y correr por los campos verdes, sintiendo el radiante sol en sus mejillas, ese sol fuerte que hace madurar las frutas y florecer las rosas.

Anita y ella volvieron a ser las inseparables amigas de antes y aunque ambas habían crecido y estaban más grandes y desenvueltas, su amistad seguía firme y las llenaba de alegría, compartir tantas cosas, que el tiempo juntas se les hacía tan corto como un suspiro.

Con su primo Sebastián sólo habló por teléfono. Le insistía en que a su regreso pasara unos días en Arauco porque tenía algo muy especial que mostrarle, algo que no se ve todos los días. Sin embargo, ella no se sentía tan segura como para desviarse sola hasta esa región. Ya era un gran logro ir de la Antártica a Melipilla como para viajar nuevamente a otro destino.

- El que tiene que venir acá eres tú, o a la Isla Rey Jorge, ahí sí que ocurren cosas extraordinarias, todos los días- le dijo orgullosa.

Marisol y Sebastián quedaron de encontrarse durante el verano en alguno de esos lugares.

Pero extrañaba a su madre, a sus hermanos, a su papá aunque no fuera tan per-



fecto como ella creía antes, a la pequeña Camila con sus ocurrencias y recordaba a menudo el nido de piedras sobre el cual se sentaban los pingüinos como estatuas. ¿Habrían nacido ya las crías? ¿Estarían a salvo de los depredadores en esos extraños nidos de piedras?

El sonido del timbre de la puerta, retumbando en sus oídos, interrumpió sus pensamientos. Era Anita que llegaba para invitarla a ver un programa de televisión anunciado la noche anterior.

– Prende el televisor Marisol. En el canal 20 darán un programa sobre el medio ambiente. Se llama "Fortunato Fortunatis".

– ¡Qué nombrecito más raro! ¿Será un afortunado en verdad? ¿De que se trata?

Fortunato Fortunatis

DE INMEDIATO la serie cautivó la atención de las dos amigas, y no era para menos. En la pantalla del televisor apareció una gran ciudad, modernísima, plagada de edificios de treinta y más pisos, de autos disputándose a bocinazos el espacio de las calles, donde se veían personas agitadas yendo de un lugar a otro con el ceño fruncido. Sólo los niños sonreían al correr por los parques con las mejillas rojas y los brazos abiertos.

Hasta que un día un poderoso empresario vestido de gris, discurrió una curiosa idea para construir más edificios en el centro de la ciudad. Se trataba de eliminar las plazas, parques y jardines, en beneficio de las futuras construcciones. Eso significaría

más trabajo para muchas personas y por supuesto sería un buen negocio para el hombrecito vestido de gris.

Fortunato Fortunatis se llamaba el audaz empresario, que ni corto ni perezoso se puso en movimiento con toda su maquinaria y operarios, decidido a talar los árboles de las plazas cuanto antes.

Al principio la gente absorta en sus propios asuntos, no le dio mayor importancia a los planes de Fortunato y casi indiferentes continuaron con sus trajines diarios. Pero, afortunadamente, los niños que habitaban en los departamentos de los grandes edificios reaccionaron con energía al ver amenazadas sus áreas de esparcimiento, donde tenían su selva imaginaria, su circo imaginario y sus clubes secretos.

- ¿Qué crees que harán?- preguntó Anita intrigada.

-Yo en su lugar, no permitiría que cortaran los árboles, de ninguna manera. Las plazas son muy necesarias. ¿Te imaginas una ciudad sin árboles? Sería absolutamente HORRIBLE. Yo creo que debe ser un derecho



tener una plaza a no más de trescientos metros de tu casa, así como respirar y caminar libremente por las calles.

– Y ver televisión– acotó Anita, arrellanándose en el sillón verde para seguir las imágenes de la pantalla chica.

Los acontecimientos continuaron ante sus ojos que no perdían detalle de las acciones coordinadas de los niños, las mujeres y los abuelos abrazados a los árboles para impedir su destrucción.

– ¡Te lo dije! Eso es lo que hay que hacer, pelear duro por lo que creemos que es bueno– afirmó triunfante Marisol.

– Pero no me parece que Fortunato Fortunatis sea un mal tipo, después de todo le dará trabajo a muchas personas. Eso también es muy necesario

– Puede construir sus edificios en otros lugares, no en las plazas– comentó Marisol mordiendo con fuerza su goma de mascar mentolada.

Finalmente después de una ardua lucha con pancartas y la participación de la prensa, los niños unidos lograron detener a

Fortunato y salvar las plazas de la ciudad.

La última imagen que brillaba en el televisor mostraba las verdes hojas de los árboles entre las que revoloteaban unas mariposas de frágiles alas amarillas, un par de palomas apareándose en una rama y a los niños, un poco más abajo, con grandes sonrisas bailándoles en los rostros.

Por cierto Fortunato Fortunatis había desaparecido, aunque nadie lo extrañó ni se percató de su ausencia.

Ana pulsó *Power* en el control remoto y apurada se despidió de Marisol para regresar temprano a su casa.

Después lo comentamos– le dijo a su amiga.

– Como quieras– le contestó Marisol, cuya computadora mental ya estaba analizando el mensaje recién recibido.

«Los niños pueden hacer grandes cosas cuando unen sus fuerzas, incluso salvar el mundo», pensó mientras le sonreía a su propia imagen que la miraba traviesamente desde el espejo de la pared. Un rostro redondo surcado de arrugas, apareció junto al suyo.

Era su abuela que había llegado tan silenciosa como un fantasma, a veces a la abuela le gustaba hacer bromas, como aparecer y desaparecer sin el menor ruido.

Cumpleaños y regreso

— **M**ARISOL, ¿te habrás acordado de que la próxima semana cumples trece años?— dijo mirándola con cariño— ¿Qué te gustaría recibir de regalo aparte de chocolates, libros y calcetines de lana?

— Se me había olvidado, pero cualquier regalito será bien recibido, me encantan los regalos, aunque pensándolo bien, lo que más me gustaría es estar con mi familia ese día, allá en la Antártica, eso es lo que más deseo. Y no es que no te quiera, abuelita. Tú me entiendes ¿verdad? Aunque es difícil que papá quiera que yo vuelva tan luego, a veces pienso que no me quiere, como soy la única mujer y me carga el fútbol, prefiere a mis hermanos.

- Ay, niña qué tonterías dices, por supuesto que tu padre te quiere mucho, igual que yo y el abuelo. Tenemos el corazón grande para quererlos a todos como Dios manda.

- Parece que tus deseos se cumplirán—agregó el abuelo carraspeando un poco misterioso—. Acabo de recibir carta de tus padres y te mandan el pasaje de regreso. Ya ves Marisol, esta visita llegó demasiado pronto a su fin, se nos hizo muy corta tu estadía, pero disfrutamos mucho contigo estos dos meses. Ojalá vinieras más a menudo, tu pieza permanecerá intacta. Te extrañaremos, pero confío en que podamos ir a la Antártica en el verano.

- Yo también los extrañaré, abuelito, abuelita. Y cuando vayan a mi casa allá en la Antártica, los llevaré a conocer los pingüinos. Son muy simpáticos y no le temen a la gente. Eso creo yo.

Luego salieron los tres al jardín. El abuelo quería sacarle muchas fotos con la abuela y también con él, y a Marisol ya no le parecía tonto sonreír como cuando estaba en ter-

cero básico y el fotógrafo le decía «a ver, angelito, diga whisky y sonría», porque ahora la sonrisa era la respuesta espontánea que le brotaba del pecho y volaba como una mariposa para compartir con sus abuelos la alegría de vivir.

Después Marisol subió a su cuarto a leer la carta, instalada en la cama. Lentamente fue deletreando las letras de las palabras que minuto a minuto la acercaban a su padre:

Querida hija:

Te envío los pasajes para que vuelvas pronto y celebremos tu cumpleaños en familia. Me gustaría que entendieras que te quiero mucho y si tú nos has extrañado un poco, multiplica eso por mil y tendrás una idea aproximada de cómo nos sentimos todos con esta separación difícil, pero necesaria.

María Soledad, hay muchos caminos que puedes seguir para encauzar tu vida, y muchas formas de recorrerlos. Poco a poco los irás conociendo y tendrás que escoger uno. Algún día, el tuyo, ojalá sea un buen camino que te lleve, con pocos tropiezos, a construir tu propio destino y ser feliz. Ten presente que pase lo que pase conta-

rás siempre con todo el apoyo y amor de tus padres y hermanos. Mientras llega ese día, te invito a caminar por nuestro camino, que por ahora se encuentra en la Antártica, en la aventura de conocer este rincón del mundo que Dios vistió de blanco. Espero que después de mis estudios y observaciones sepamos un poco más de nosotros mismos y me gustaría que me ayudaras con tu experiencia. Sí, no te sorprendas, con tu punto de vista.

¿Sabías que ya nacieron las crías? Son dos: un macho y una hembra, ¿qué te parece?

Recibe un fuerte abrazo de tu madre y mío.

Esteban

«Creo que empiezo a comprender algo. Papá me necesita y yo también» pensó la niña, cerrando los ojos. Luego entró la abuela que le avisó:

– Debemos hacer las maletas pronto, si quieres que te ayude. Te traje este regalo anticipado para ti.

– ¿Puedo abrirlo ahora, abuelita?– preguntó Marisol sonriendo pícaramente

– Por ningún motivo, es un regalo de

cumpleaños y debes abrirlo ese día, ni antes ni después. ¿De acuerdo, pequeña?

– Por supuesto, lo pondremos ahora mismo en la maleta ¿ves?

– Y esto es para Panchito, una pelota de fútbol, aunque no es su cumpleaños. ¿Se puede jugar fútbol en la Antártica? –preguntó carraspeando.

– Por supuesto, abuelito, tenemos un gimnasio excelente, ya lo verás cuando vayas y juegues con mis hermanos.

– Esta caja de almendras y nueces es para todos– agregó.

A la mañana siguiente, desayunó con Ana, Rodrigo y los abuelos, quienes le hicieron muchas recomendaciones que ella escuchó con paciencia infinita. Después de eso Marisol emprendió su largo viaje, sola y radiante de alegría. Tenía claro que su abuelita no sólo estaría en Melipilla, sino que permanecería siempre cerca de su corazón, como ella le había dicho al despedirse: «siempre estaré contigo, Marisol, cuando tú quieras podrás hallarme, estaremos unidas a pesar de la distancia, porque compartimos

la misma sangre, ya lo verás». Sí, era cierto, la llevaría consigo como a su madre de la cual no se había separado en realidad ni un minuto, porque la gente que amamos y nos ama está siempre cerca de nosotros en un lugar del corazón. Estaba impaciente por llegar, abrazarlos a todos y demostrarles cuánto los quería. Sonreía simplemente porque estaba contenta y tranquila.

El avión ya se disponía a aterrizar. Desde la ventanilla vio cómo un pálido sol acariciaba la nieve de los altos icebergs. Algunas palomas antárticas, un cormorán de patas rojas y las golondrinas de mar se veían revolotear a corta distancia. No había ya sombras misteriosas, ni tinieblas amenazantes, sino la promesa de un mundo que necesitaba de ella, que le pedía su voz para que hablara por él.

— ¡Qué fantástico era volver! Ahora lo había comprendido todo. Sabía que cuando el sol se perdiera tras el horizonte blanco ya no estaría triste porque había despertado su sol dormido, el sol que enciende las sonrisas, el que abre los brazos fundiendo todos



los hielos, el sol que disipa las más oscuras nieblas: el sol de su propio y joven corazón florecido. Quería correr, gritar y abrazar a su familia en este lugar o en cualquier región del mundo donde alumbre el fuego del hogar.

Apenas la escalerilla se afirmó al avión, Marisol se precipitó corriendo a tierra y fue estrechada primero por los fuertes brazos de su padre, luego besó a sus hermanos y de su madre no se soltó hasta que llegaron nuevamente al lugar donde antes estuvo el nido. Ahora no se veía sino un par de pingüinitos, de plumaje blanco y suave.

- ¿Son ellos? - preguntó Marisol.

No necesitó escuchar la respuesta. Lentamente, un poco torpes, llegaron a su lado, sus amigos: el pingüino Papúa y la pingüina madre, quienes orgullosos miraban a sus polluelos.

Entonces Marisol comprendió que su familia se extendía más allá de sus padres y sus hermanos, que incluía también a los pingüinos, y que desde ahora velaría por ellos porque ya eran parte de esa vida palpitante y misteriosa que latía en sus venas.

